Pacificadores

Al Estilo de Jesús

Por César García

"En el centro de la noviolencia permanece el principio del amor ... (amor ágape)".[1]

La primera vez que escuché que alguien era un 'pacificador' tenía alrededor de nueve años y me encontraba cursando la primaria. Dicho título se refería al conocido comandante español Pablo Morillo, quien instauró un régimen de terror entre 1815 y 1819 en la Nueva Granada. Siendo un niño, corrí a casa a hablar con mi madre (una cristiana comprometida) sobre el primer 'pacificador' que había encontrado... ¿Sería uno de los bienaventurados de los cuales hablaba Jesús?

Aunque celebramos todos los esfuerzos pacifistas que se llevan a cabo fuera de la iglesia, vale la pena preguntarnos cómo ha de ser un 'pacificador' en términos de Jesús. En los evangelios encontramos por lo menos seis características que distinguen a un 'pacificador' que imita a Jesús de aquel que no lo hace.

1. **Pacifismo que surge a partir de un Encuentro con Dios.**

Construir la paz desde la metodología de Jesús no es una obra que se pueda realizar en nuestras propias fuerzas. Requiere del Espíritu de Dios (Lc. 4:16-19). Según Gustavo Gutiérrez, "Caminar según el Espíritu es rechazar la muerte (el egoísmo, el desprecio a los demás, la codicia, la idolatría) y escoger la vida (el amor, la paz, la justicia). Renunciar a la carne y vivir según el Espíritu es estar disponible a Dios y a los demás".[2] Dado lo anterior, Gutiérrez continúa: "El encuentro con el Señor es el punto de partida de un vivir según el Espíritu".[3]

Es posible trabajar por la paz con motivaciones egocéntricas y codiciosas. Es posible ser un 'pacificador' que desprecie a sus enemigos. Pero si queremos parecernos a Jesús nuestra obra pacificadora debe distinguirse de la de los demás desde su motivación. Como dice Gutiérrez:

> Los cristianos se caracterizan por un comportamiento, por un estilo de vida. Este distingue a la comunidad cristiana en el mundo judío y pagano en el que vive y da su testimonio. Esa conducta es a la vez una manera de pensar y actuar; un modo de vivir en una palabra, sin que nada se escape a ese caminar.[4]

2. Pacifismo basado en la Oración.

Orar por aquel que nos persigue no es fácil. Sin embargo Jesús animó a sus discípulos a hacerlo (Mt. 5:43-48). La búsqueda de la reconciliación con el prójimo se hace más probable cuando oramos por él. Es difícil estar molesto con aquel por el cual se ora.

Juan Driver menciona: "Nuestra preocupación por la paz y la justicia tiene que estar unida a la oración de la misma manera en que lo fue en la vida de Jesús. Nuestra espiritualidad se manifestará esencialmente en nuestra oración por nuestros enemigos de la misma manera en que Jesús oraba por ellos".[5]

. Presidente Iglesias Hermanos Menonitas de Colombia.

[1] KING, Martin L. *En*: JUSTAPAZ. La Objeción de Conciencia como Ejercicio de la Noviolencia en la Construcción de la Paz. Bogotá: Clara, 2004. p. 115.

[2] GUTIERREZ, Gustavo. Beber en su Propio Pozo. 7 ed. Salamanca: Sígueme, 1998. p. 95.

[3] Ibid., p. 97.

[4] Ibid., p. 107-108.

[5] DRIVER, Juan. Una Teología Bíblica de la Paz. Bogotá: Clara, 2003. p. 116.

3. Pacifismo basado en las Enseñanzas y vida de Jesús.

Roberto Suderman dice: "La característica fundamental del discípulo cristiano es la de seguir los pasos, las instrucciones, las estrategias, los caminos y el rumbo de su maestro, Jesús".[6] Decir que se es un cristiano hacedor de paz e ignorar la forma en que Jesús trabajaba por la paz es un contrasentido.

4. Pacifismo que implica Amar al Enemigo.

El Sermón del Monte nos invita a buscar el bienestar de nuestros enemigos (Mt. 5:43-48). El amor al que estamos llamados (α γάπη) implica estar dispuesto a dar mi vida por el otro, lo cual, hablando de enemigos es realmente un milagro. Sólo Dios puede obrar en nosotros algo así. Como dice Driver:

> ... Amar al enemigo no es una actuación que se nos viene con toda naturalidad. Para vivir esta visión de paz se requiere mucho más que meros esfuerzos humanos. Para vivir la vida que corresponde al reino, se precisa al Espíritu del Rey de ese reino...Intentar amar a nuestros enemigos sin un bautismo en el Espíritu de Dios, es correr el riesgo de naufragar.[7]

5. Pacifismo que implica el Perdón del ofensor.

El darnos a nosotros mismos por el bienestar del enemigo conlleva disposición a asumir el daño causado por éste. Expresar resentimiento o malos deseos hacia aquel que nos ha dañado no evidencia el obrar de Dios en nuestras vidas. Menno Simons decía: "Los cristianos verdaderos... no gritan, ¡Venganza, venganza! Como lo hace el mundo; sino que como Cristo piden y oran: Padre, perdónalos; pues no saben lo que hacen".[8]

6. Pacifismo que implica Disposición al Sufrimiento.

Cornelius Dyck explica: "El término generalmente usado por los Anabautistas para paz fue *no resistencia*, tomado del mandato: 'No resistáis al que es malo' (Mt. 5:39)...

---

[6] SUDERMAN, Roberto J. Discipulado Cristiano al Servicio del Reino. Bogotá: Clara, s. f. p. 12.

[7] DRIVER, Op. cit., p. 109-110.

[8] SIMONS, Menno. Respuesta a Denuncias Falsas. *En*: KLAASSEN, Walter (ed). Selecciones Teológicas Anabautistas. Scottdale: Herald Press, 1985. p. 242.

La no resistencia era parte del discipulado y la justicia e, inevitablemente, incluía sufrimiento así como el camino de la cruz".[9]

La comodidad, entonces, no está en el marco de un pacifismo cristiano.

Como dice Suderman, no podemos ceder a la tentación de tomar en serio el reino sin mirar con cuidado cuáles son los valores del reino y cómo implementarlos en el mundo.[10] Todo seguidor de Jesús está llamado a ser un pacificador en los conflictos que enfrenta día a día. En la relación de pareja, en la educación de nuestros hijos, en los problemas familiares, en las demandas legales, en la vida de iglesia, en las diferencias ideológicas y políticas y en las amenazas inherentes a vivir en un país como el nuestro, Jesús nos invita a seguir su ejemplo y metodología. Sólo así se construye la paz a la manera de Dios. Sólo así seremos bienaventurados.

---

[9] DYCK, Cornelius J. Spiritual Life in Anabaptism. Scottdale: Herald Press, 1995. p. 108. Traducción del autor.

[10] SUDERMAN, Op. cit., p. 40.